

*Cómo potenciar la
mirada del narrador*

Héctor Torres

Cómo potenciar la mirada del narrador

Es importante conocerse bien para contar.

Ya hemos dicho que el hombre cuenta la vida para poder entenderla. Y que, tras esa necesidad de explicársela a sí mismo, cuando la comunica a los demás está contando la vida como la ve, que es otra forma de decir que contar su visión de la vida hace que se cuente a sí mismo. Es por ello que es importante conocerse bien para contar.

Pero estar tan imbuidos de nuestras percepciones subjetivas puede suponer un obstáculo a la hora de mirar fuera de nosotros. Contar el mundo que nos rodea pasa por tener una capacidad desarrollada para observar a los otros. Estamos tan cargados de subjetividad y de nuestro universo interior que tenemos que hacer el ejercicio de mirar hacia afuera con mucha concentración, para poder traspasar esas capas de subjetividad con las que vemos el mundo.

Y, por el mismo hecho de que vamos a contaminar de Yo todo cuanto observamos, tenemos que ser capaces de extremar la atención al mirar aquello que queremos contar para conectar con el mundo del Otro. Para que nos permita obtener suficiente información de ese universo ajeno y luego podamos explicárnoslo según nuestra visión del mundo.

Observar es salir de nosotros para penetrar otras realidades, otras visiones del mundo. Es una exploración que enriquece nuestra manera de ir por la vida. Es un ejercicio profundo y paciente.

Retomar ese atávico ejercicio de acechar la presa, como lo comenta con una atinada imagen Martín Caparrós: “Mirar donde parece que no pasara nada, aprender a mirar de nuevo lo que ya conocemos”. Ya en esta línea se asoma no solo el hecho de ejercer la paciencia sino además el de desmontar lo dado por cierto, para poder encontrar realidades que no estén previamente etiquetadas por nuestra visión del mundo. Es lo que, de otra forma, señaló el poeta Rafael Cadenas cuando aseveró que “los ojos inocentes reconquistan territorios perdidos”.

Desarrollar la capacidad de la observación atenta es fundamental para contar historias de la realidad circundante.

Desarrollar la capacidad de la observación atenta es fundamental para contar historias de la realidad circundante. Hay todo un universo de relaciones, de estructuras jerárquicas inconscientes, de lenguaje corporal en la interacción humana. Y el que cuenta historias debe ser capaz de percibir las. Eso requiere de capacidad de observar atentamente sin fijar posición ni pretender saber de antemano. “No me interesaba entrevistar a Sinatra para escribir ‘Frank Sinatra está resfriado’. Saqué más información de observarlo y de observar las reacciones de quienes lo rodeaban, que la que habría obtenido si hubiéramos conversado. Hace poco, cuando escribí para *Esquire* sobre el viaje de Muhammad Alí a Cuba, no hablé con él porque ya no puede hacerlo con claridad. Mi reportería es más visual que verbal. Mi reportería depende menos de hablar con la gente que de lo que he llamado ‘el fino arte de frecuentar’”, escribió Gay Talese para subrayar la importancia que tiene la observación detenida.

Pero esa observación no es desapasionada. No entraña algo ajeno. Ese mundo del que queremos descubrir detalles nos importa, y nos importa sobremanera. Nos resulta relevante. Así debemos sentirlo para intentar desentrañarlo en busca de información que nos permita dar con sus claves. Una anécdota (en la película *Lady bird*, de Greta Gerwig) explica claramente el asunto de la mirada sobre el entorno: una chica que cree odiar la ciudad en la que ha vivido toda su vida (Sacramento) escribe para el colegio una composición sobre la misma. La monja, que es su profesora de inglés, le dice que se nota que ama a Sacramento porque hace descripciones muy vívidas de esa ciudad. La muchacha, sorprendida e incómoda, le dice que solo ha prestado atención a lo que ve, a lo que la monja le responde: “¿Acaso no será lo mismo? ¿Amar y atender?”.

La mirada atenta entonces es, en cierto modo, una mirada amorosa. Una mirada capaz de detectar lo que tiene de único el objeto de nuestra atención.

Dos virtudes contribuyen a desarrollar esa capacidad de observar con el fin de desentrañar el mundo que nos rodea:

- 1. *Recuperar el asombro y aprender a ver la poesía cotidiana de la vida***

Es eso que señala Cadenas cuando dice que los ojos inocentes reconquistan territorios perdidos. La mirada cansada, la que ya tiene respuesta a todo, es incapaz de ver nada nuevo en el paisaje. Todo se lo ha explicado, todo tiene nombre. Nada suscita asombro.

El ejercicio propuesto en esa afirmación es el de volver a mirar como niños, que salen a la calle y encuentran un universo tan fantástico en cada cosa (por ser todo tan nuevo) que no pueden evitar el impulso de dar rienda suelta a la fantasía y ver en un charco un lago y en una columna de hormigas una expedición en el desierto. Y esto aunque jamás hayan visto en persona ni un lago ni una caravana expedicionaria. Pero han visto sus representaciones, tras lo cual pueden, a su vez, ver las similitudes entre ambas imágenes.

Esos ensayos por explicar lo novedoso nos abren a la comprensión de la existencia de un mundo vivo.

Esa mirada adánica sobre el entorno es la que nos permite enriquecer el objeto observado y llenarlo de posibilidades expresivas. En ellas estallan las potenciales explicaciones, las imágenes que se le asemejan. Es como volver a una condición primitiva, anterior a la existencia del idioma articulado, que nos obliga a ensayar formas de decir lo desconocido a partir de lo conocido. Esos ensayos por explicar lo novedoso nos abren a la comprensión de la existencia de un mundo vivo, palpitante, incesante, que está fuera de nosotros, que no podríamos verlo si no somos capaces de recuperar la inocencia de mirar para aprender y no para ratificar lo ya sabido.

Pero hay que distinguir claramente inocencia de ingenuidad. El inocente lo cree todo posible, actitud muy útil cuando de otear el entorno en busca de conocimiento se trata. Es decir, es una actitud plena, abierta, desprejuiciada. El ingenuo lo cree todo. Esto es, da por cierto todo cuanto ve. Y junto a la mirada ávida, para contar historias también es útil una pizca de suspicacia, de preguntarse si eso que estamos viendo será la última verdad de las cosas, si no habrá un mecanismo anterior que mueve ese artificio, y detrás de ese otro. Si no será posible que no sea lo que parece.

La mirada inocente indaga y cuestiona, por el mismo hecho de querer saber. Y sobre todo se cuestiona a sí misma en cuanto a lo que está viendo. Es una actitud ante la vida, de permanente indagación.

2. Pasar la visión del mundo por el tamiz de la compasión

Durante una entrevista, el escritor estadounidense de origen dominicano Junot Díaz, comentó que “lo que define el éxito de un artista no es la persistencia ni el entrenamiento, ambos necesarios, sino la compasión”. Algo similar dijo el Nobel Orhan Pamuk cuando afirmó que “el arte de la novela se basa ante todo en la compasión”. ¿A qué se referirán estos dos consumados narradores cuando le dan esa importancia suprema a esa virtud? De hecho, ¿qué es compasión?

El diccionario nos dice que su origen etimológico es la palabra latina *compasio*, que es un calco semántico de la palabra griega *sympathiam* y la define como:

Sentimiento de tristeza que produce el ver padecer a alguien y que impulsa a aliviar su dolor o sufrimiento, a remediarlo o a evitarlo.

Entonces de eso va la compasión en la mirada del que quiere contar el mundo. Una forma de empatía activa. No solo se trata de mirar con avidez y con deseo de entender, sino además con un compromiso afectivo ante el padecimiento del otro, de su realidad. Entonces, la curiosidad que nos despierta no es aséptica, distante, pasiva, sino activa.

Eso nos conduce a mirar involucrándonos y tratando de entender, no solo lo que está a la vista, sino precisamente lo que no está a la vista, lo que mueve a lo interno de las situaciones, y eso no se puede lograr sino tratando de ver qué siente esa persona.

Eso es, en un sentido práctico, la compasión: el entendimiento del estado emocional del otro. La búsqueda de la comprensión de la vida a través de la comprensión del otro, de lo distinto. Comprender la vida a través no ya de nuestra mirada, sino intentar hacerlo a través de la mirada del otro.

Entonces, si el primer ejercicio que debemos hacer es entender que todo cuanto contamos es nuestra versión del mundo que nos rodea, y que para poder contar ese mundo debemos conocernos bien, el siguiente paso es aprender a mirar de forma tal que podamos ver desde la mirada de nuestros personajes. Ser capaces de entender su mundo, sufrir sus penas, alegrarnos con sus logros, conocer sus pequeñas vanidades, sus miserias y actos de altruismo, sus contradicciones, sus prejuicios, el valor que le da a sus símbolos. Hacernos de su mundo y entenderlo sin cuestionarlo. Solo cuando hemos logrado hacernos de todo ese magnífico material, es que dejamos que penetre en nosotros para dejar que retumbe en nuestro interior y podamos, una vez que logremos armarlo entero desde adentro de nosotros, contarlo desde nuestra perspectiva.

Mirar con curiosidad y compasión para ver el mundo detrás del velo de lo dado por cierto.

Ese es el ejercicio. Mirar con curiosidad y compasión para ver el mundo detrás del velo de lo dado por cierto. De esa mirada atenta, curiosa y compasiva obtendremos valiosa información acerca de las historias que queremos contar.

PROPIEDAD DE:

la
vida
de
nos

El Aula e-nos

www.lavidadenos.com

lavidadenos@gmail.com

@lavidadenos

DESARROLLADO POR:



CONSULTORES INNOVARTE, C.A.

www.innbicuo.com

contacto@innbicuo.com

@innbicuo

Este documento tiene fines formativos. No puede ser reproducido ni distribuido, total o parcialmente, ni con fines comerciales, sin el consentimiento de su propietario.